



RAMON DACHS

# Rembrandt en Monterrey

(29/VI/2010)<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Capítulo 20 de *Álbum errante* (En prensa). El texto se ubica en el año 2010 (N. de la E.)

Hoy presentan en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (MARCO) *El Arte o la vida: el caso Rembrandt*, de Tzvetan Todorov, que Ramon tradujo del francés, con Jeannette Lozano Clariond, la editora de Vaso Roto, una buena amiga poeta desde hace más de once años. Ramon acaba de despertarse. A pesar del cambio de horario, ha conseguido dormir siete horas. Abre las cortinas, fotografía el panorama urbano temprano desde su habitación de hotel y pide que le sirvan unos huevos revueltos con machacado como desayuno. Ayer por la noche lo esperaba en el aeropuerto con un chofer Beatriz de la Torre, la encantadora relaciones públicas de MARCO, para recibirlo y acompañarlo. Muy agradable. Según le comentó divertida, su vuelo de enlace europeo desde el D.F. llegó casi al mismo tiempo que otro procedente de Las Vegas, con cuyo pasaje apareció confundido por la salida de llegadas internacionales. De la puerta de su casa a la puerta del hotel, veintidós horas de viaje. “Atención, por favor, el próximo tren por vía 13 no presta servicio”, oyó por los altavoces de la estación de Sants, en espera

del tren al aeropuerto del Prat, mientras pensaba que debería releer *Longa noite de pedra*, de Celso Emilio Ferreiro. Iba a volar con Aeroméxico. Barcelona/Madrid con salida a las 11:30 horas; Madrid/México, a las 14:40; y México/Monterrey, a las 21. Llegaría al hotel a medianoche (es decir, a las siete de la mañana en la ciudad de origen). Por el camino, entre otras muchas ocupaciones, leyó *Rembrandt, 1606-1669: el enigma de la visión del cuadro*, de Michael Bockemül. Así supo que Rembrandt jamás pisó Italia. El viaje es, siempre, mental. Anne Kawala le pidió la víspera una carta de recomendación para optar a una beca Stendhal de estancia en Argentina. No podía negársela. El viaje es mental, en efecto. Una parte esencial de su viaje radica en tomar las notas que luego nutrirán su escritura. Viajar, escribir, fotografiar... y vivir. Para radiografiarse el alma. Para radiografiar, con ella, el alma de su tiempo. Ése es su truco: establecer un juego de espejos deformes para capturar su tiempo a través de su propia sombra. Su relación con la literatura puede parecer una relación de pareja. La pareja, mientras dura, es una ficción compartida. La ruptura se gesta en la medida que se contradicen las dos versiones. Si no hay acuerdo, no hay proyecto. Si no hay proyecto, no hay futuro compartido. ¡Ciao! Otros futuros les reclaman sus presentes. Pero no lo es; su literatura es, para él, Él. Sólo la muerte puede separarlos. Estaba pensando en las mujeres, divagaba... Su literatura es *La muchacha dormida* que grabó Rembrandt (1654). Todos la llevamos dentro, latente. Tras despertar en alguien, tiranizará su vida insaciable a cambio de librarse fértil. El artista de fondo ha vendido su alma. “Ahora te quedas solo con tu literatura”, fueron las últimas palabras de su primera ex en el umbral, al irse él. Corría el año 1992.

¿Cuáles serán, transcurridos dieciocho más, las de su segunda ex? El próximo día 16 van al notario. Ella le vende su parte del apartamento. Se acerca el desenlace final; la salida del túnel parece inminente. Ojalá no haya tercera ex... Este amanecer en Monterrey lo cautiva. Es tan



misterioso como un presagio fatal. Al final de la charla, tras proyectar numerosas imágenes del libro, sorprenderá al público con dos fotos de Montmartre (vistas previamente en este álbum): su foto diurna, transitada, la escalera descendente, presidida por la Maga; y la foto de Willy Ronis, nocturna, solitaria, la escalera ascendente, presidida por un taxi; último nexo del artista con la vida, al pie de los peldaños de la locura. Dos panoramas de una sola escalera. Tal vez los dos brazos del río que apuntó Rilke a propósito de Rodin: uno, casi vacante, de la vida; otro, tumultuoso, del arte... ¿Hay artistas capaces de aunarlos? Quizá Vermeer, de cuya vida privada apenas sabemos nada, fuera un ejemplo, aventurará al público. Después, la entrañable Jeannette lo invitará a cenar con ella y Beatriz en el Gran Hotel Ancira (sabe que le encanta). Al llegar, pedirá unos tequilas blancos Don Julio bien fríos, acompañados por limoncitos cortados. Preámbulo de una cena distendida y locuaz, muy sincera; compartida por los tres con placer. Un nombre precioso para una preciosa mujer: Beatriz de la Torre. Mañana, 30 de junio, prosigue hacia Oaxaca y tiene que madrugar

